

Si la gente contraria y que tenía culpa y había dado ocasión á la guerra venia á pedir paz con humildad y satisfacía la injuria, luego era perdonada y trataban de concordia, y á los que hacian guerra nunca los destruian, mas en sujetándolos, los dejaban como si fueran amigos.

Y si alguna vez se desmandaban, tomábanles algunos de los vencidos para esclavos, pero no eran tratados con rigor, antes los diferenciaban poco en el tratamiento á los demás del pueblo.

No eran crueles contra los enemigos, ni se holgaban de matar, ni hacer en ellos crueldades después de vencidos, antes con mucha facilidad se aplacaban y perdonaban la injuria después que habian salido vencedores, por esta manera de pelear, y por el buen orden que había en los capitanes, venian comunmente á ser vencedores, y así los Ingas desde el primero hasta que nuestros españoles fueron, jamás perdieron batalla notable, antes siempre salian vencedores y quedaba por ellos el campo.

CAPITULO XIII

De la orden de caballería que había en los reinos del Perú, y cómo eran armados caballeros.

Aunque es verdad que en el capítulo pasado pudiera haber lo que ahora diré, todavía me pareció que el lector gustaría más de ver aparte esta elección tan gustosa, que no revuelta con lo que queda dicho, aunque parezca que toda era una cosa, yo dije sino me engaño en el capítulo décimosexto cómo en las Indias de la Nueva España hubo orden de caballería y que no se daba á gente que no fuese principal é ilustre y que el que era caballero con la cere-

monia que estos eran armados, se tenía por gran cosa.

Esta orden de caballeros se llamaba de los Orejones, la cual fué instituida para que los que la profesasen hiciesen valentías y hechos notables.

No podía cualquiera recibir esta caballería, mas solos aquellos que venían del linage de los Ingas, y había de dar el rey licencia para ello.

Las ceremonias que se habían de hacer en este acto eran estas:

El que había de ser Orejón (que era tanto como caballero) había de ayunar cuatro días sin comer cosa alguna en todo ese tiempo, y al cabo de ellos hacíanle correr ciertas carreras por unos cerros altos por donde lo veía todo el pueblo.

Después mandábanle luchar con ciertos mancebos y ejercitado y probado en esto, horadábanle las orejas por lo más bajo dellas, que es lo más blando y metíanle por el agujero un palillo delgado y pequeño, y después le hacían otro mayor agujero, y metíanle otros palos más gruesos ó unos cercillos, los cuales hacían de oro y plata, los que eran más ricos y poderosos.

Esta era la suprema hidalguía, honra y ca-

ballería entre ellos y manera de armar los caballeros, y eran de tan gran autoridad acerca de todos que sino era ser rey ninguno les igualaba; ninguno podía usar de esta insignia de tener las orejas agujereadas, sino los que eran del linaje real ni sin su autoridad y licencia, ni sin hacer las ceremonias dichas.

Hacia empero el rey merced, aunque raras veces, á algunos señores grandes, que pudiesen hacer estas ceremonias y traer las orejas grandes como los Orejones.

Después que los españoles fueron, muchos señores que no eran de alto solar, usaron libremente desta caballería, porque no había quien se lo prohibiese.

Quitábanles el día que los armaban caballeros el nombre propio y poníanles otro de nuevo, del cual habían de usar todos los días de su vida.

Esto de los nombres ya era cosa antigua entre estas gentes mudarlos tres veces, uno cuando nacían, y el segundo cuando eran los niños grandecillos, y el tercero cuando se armaban caballeros; pero el común pueblo no lo mudaba más que dos veces.

Concluida esta solemnidad todos los parientes y amigos regocijaban la fiesta con grandes
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 14

bailes en honra del caballero novel, y aunque esta manera de armar caballeros no era tan suntuosa como la de los de la Nueva España, todavía es cosa notable y digna de ser sabida.

CAPITULO XIV

De la caída de los Reyes de la Nueva España y de cuantos fueron, y cómo acabó aquel imperio tan poderoso.

Cosa averiguada es que todos los reinos cuando han venido á perecer y acabarse, ha sido al tiempo que ellos estaban en gran potencia y majestad.

Tenemos ejemplos desto de los persas, de los asirios y aun de los hebreos, los cuales, cuando los reinos estaban más ricos, más pacíficos y más aumentados de honra y nombre, vinieron á caer.

Si miramos á otros reinos menores que después ha habido, podremos decir lo mesmo,

Los godos nunca estuvieron más pujantes que cuando fueron destruidos de los moros.

Y los longobardos estaban en su punto cuando Carlo Magno venció al rey Desiderio de los longobardos, y así podríamos traer mil ejemplos; pero ninguno mayor que el que tenemos en las manos.

Ya al principio de esta República traté de la conquista del reino de los indios, y como se comenzó á hacer la jornada en aquellas partes por nuestros españoles, ahora yo no quiero más que brevemente mostrar cómo acabó este reino é imperio, del cual hemos dicho tantas cosas.

Entre los valientes hombres que salieron de España para descubrir aquel nuevo mundo, fué Hernando Cortés; el cual, después de haber andado muchas partes y tomado la posesión de muchos pueblos y provincias por el Emperador nuestro señor, llegó en la ciudad de México grande y populosa, y que en Majestad y ser podía igualar y competir con las mayores que antiguamente y hoy hay en el mundo.

Los acaecimientos que sobre ganarla tuvo, no está á mi cargo escribirlos, pues ya tiene el reino sus cronistas, basta que podamos decir que la conquistó dos veces.

La primera con industria y la segunda con

armas y valentía, aunque la primera también tuvo grandes revueltas y muertes; pero no por entrar en México, más por la avaricia de algunos españoles.

Era á la sazón rey Montezuma, segundo de los así llamados, el más poderoso y de más riquezas y esfuerzo que habian tenido los reyes sus antecesores.

Comenzó su infelicidad en muchas señales que se vieron de su caída y como habia de acabarse aquella monarquía que habia durado más de setecientos años, debajo de treinta y dos reyes muy poderosos y grandes; empero lo que más se ha de sentir es ver un poderoso rey preso y con grillos, y echados por mano de un hombre particular cual fué Hernando Cortés, que aunque valeroso y digno de inmortal nombre, no podía él, según leyes divinas y humanas, tratarlo de aquella manera, aunque lo quisiera matar, pues la tierra era suya.

Después este gran rey murió infelizmente, porque habiendo levantado un motín los mismos indios, la causa del cual habian sido los mismos españoles, viéndose en peligro el capitán Cortés y los suyos, para que se asesegase la multitud de los indios, puso al rey Montezuma á una ventana para que los hablase y los

mandase que estuviesen quedos; acaeció que un indio tiró una piedra con que le hundi6 las sienes, no porque 6l lo quisiera hacer, mas acaso, y aunque se puso remedio, aprovech6 poco, y as6 muri6.

Trataban de paz los cristianos, pero no lo quisieron oir los indios, y as6 creci6 el aborrecimiento contra los espa6oles, y tanta resistencia les hicieron los indios, que tuvieron por bien de irse los cristianos.

Eligieron en rey los mejicanos 6 Cuetlauac, el cual seg6n algunos dicen era sobrino, y otros que hermano de Montezuma; este no rein6 m6s que sesenta d6as, porque cay6 enfermo de viruelas que le peg6 un esclavo espa6ol.

A este sucedi6 Cuahutimoc, en tiempo de 6ste volvi6 Hernando Cort6s y gan6 valerosamente la gran ciudad de M6xico, y queriendo saber de las riquezas de Montezuma, y de los tesoros reales, y de los que estaban dedicados 6 los templos, puso 6 cuesti6n de tormento al Rey, y al cabo fu6 muerto, cosa la m6s mala y m6s cruel que ning6n hombre hizo en el mundo, y por tal la pongo yo aqu6 para memoria de los venideros, y lo que 6 m6s tengo es que no hubo castigo para esto, 6l se disculp6, pero la disculpa fu6 tal que trajo consigo culpa, pues

por librarse de la infamia que le opon6an, quiso matar 6 un gran rey.

N6mero de los reyes de M6xico.

Los reyes que hubo en aquellas Indias que llamamos de Nueva Espa6a son estos: el primero fu6 Totepeuch, rein6 casi cien a6os; en su lugar su hijo Topil, rein6 cincuenta a6os; despu6s que muri6 este principe, estuvieron m6s de ciento y diez a6os sin rey, despu6s siempre hubo sucesi6n sin faltar hasta el 6ltimo, y fueron 6stos:

Nauchioci6n rein6 sesenta a6os.

Quauht Expetlat Vezin, Nonoualcatl Achitometl, Quauhtonal rein6 diez a6os, Achitometl, Ma6acin, Queca, Chalchiutona, Quauhtlix Iahuallatonac, Chiuhtetl, Xiuiltemoc, Cuxcux, Achamapichtli al sexto a6o del reinado deste se levant6 un poderoso se6or de su reino, llamado Achitometl, y codicioso de mandar, mat6 6 su Rey y se apoder6 del reino, y rein6 doce a6os tir6nicamente, y porque se asegurase m6s el reino, determin6 destruir toda la casa real, y as6 mat6 6 muchos, pero la Reina Illancueitl, que era mujer del Rey Acamapichtli, escondi6 un hijo entre los otros, llamado Acamapichcin,

y criólo secretamente, y el mozo, saliendo valeroso, vino á su propio reino, el cual siendo visto de los naturales y que aquel verdaderamente era el señor propio, lo recibieron con gran amor y lo casaron nobilísimamente, y veinte señores le dieron veinte hijas por mujeres.

Y el tirano, viendo que ya habia quien le resistiese, temeroso de que no le acaeciese alguna infelicidad ó verse depuesto, huyó en los montes, y allá acabó infelizmente.

Reinó, pues, Acamapichcin pacíficamente, y dejó tres hijos que reinaron después dél cada uno por sí, y á él sucedió Viciliuitl, á este sucedió Chimalpopaca Izcoua Montezuma, primero de este nombre.

A este heredó una hija única que tenia, cuyo nombre no hallo.

Tuvo hijos y reinaron después, y el primero fué Axayaca.

Después reinó Ticocica, después reinó Auhi-zo, reinó después de los hermanos Montezuma, en tiempo del cual vinieron los españoles y acaeció lo que hemos contado.

A Montezuma sucedió Cuetlauac, y después el último fué Quahutimoc, que fué sobrino de Montezuma y sacerdote mayor de los ídolos, el cual, por reinar seguro y á su contento, mató á

Xayaca, á quien pertenecia el reino, y tomó por mujer á una hija de Montezuma, que se llamó después de cristiana doña Isabel.

Muerto á tormentos este Rey, como queda dicho, sucedió en el reino de México el potentísimo Rey don Carlos, que fué Emperador de Alemania y Rey de los españoles, y á él sucedió el cristianísimo Rey don Felipe II de los así llamados, nuestro señor, de manera que ha tenido aquel reino treinta y tres Reyes, y con esto concluyo con las Indias y con el capítulo que se sigue daré remate al reino del Perú y á esta República.